

DOMINGO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 10, 34a.37-43): *Nosotros somos testigos.*

Salmo (117, 1-2.16-17.22-23) «*Este es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo*»

2ª lectura (Colosenses 3, 1-4): *Buscad los bienes de allá arriba.*

Evangelio (Juan 20, 1-9): *Entró, vio y creyó.*

Dominando el silencio de la noche, cuando la oscuridad y las tinieblas no nos permiten ver la realidad, resuena una voz en forma de alba que rompe con su claridad trascendente y da vida a la muerte. El autor sagrado nos ha descrito este acontecimiento de la resurrección de Cristo como un auténtico seísmo que abre definitivamente el sepulcro y anuncia el comienzo de la era definitiva.

Las mujeres sentadas ante el sepulcro intentan consolarse permaneciendo cerca de su amor. Le quieren y buscan su compañía más allá de la muerte; van al sepulcro sin saber que esta vez no serán ellas sino el Resucitado quien les envía el inesperado anuncio de su victoria sobre la muerte. Es la voz de la trascendencia que afirma que el amor no se encuentra entre los muertos, sino que es más fuerte que la muerte y que la trasciende.

Ese es el verdadero sentido de la resurrección de Jesús. El Hijo de Dios, encarnado en la persona de Jesús, a quien los discípulos conocen como un hombre mortal, sujeto a todos los sufrimientos y privaciones inherentes a la condición frágil de la naturaleza humana, resucita de entre los muertos y se presenta a los suyos esta vez vivo para siempre. Es la misma persona que ellos conocieron, la misma persona que sufrió y murió en la cruz, y que fue sepultado.

El acontecimiento pascual como hecho constatado por los discípulos de Jesús y transmitido por los textos sagrados han ido configurando la celebración de la Pascua cristiana. Los relatos en que los evangelistas narran las experiencias ciertamente sorprendentes de los más allegados a Jesús, de sus apóstoles y discípulos, constituyen la base de la fe en Jesús resucitado. Las experiencias, que sólo ellos podían garantizar pues conocían bien al Jesús que había sufrido y muerto en la cruz, les permitían identificar al resucitado con aquel mismo Jesús con los que ellos habían compartido el camino y la mesa.

Para los discípulos de Jesús el hecho de la resurrección es algo indiscutible. Ellos creen que Jesús resucitó pues le vieron vivo entre ellos, era exactamente el mismo que les había hablado antes de su Pasión, el mismo que había sido ultrajado ante sus ojos, sólo que ahora lo ven revestido de gloria. Él ha vencido a todos sus enemigos y ha superado la prueba de la muerte, presentándose ante ellos con un aspecto radiante de vida. De eso ellos no tienen ninguna duda una vez que han comprobado que efectivamente es el Señor, el mismo de antes, y además vivo. Esta experiencia es la que ellos tratan de comunicar a todos los que se interesan por el acontecimiento pascual: el Señor, Jesús, vive, de ello podemos dar fe con toda garantía.

Su vida, la de los testigos de la resurrección, está llena de alegría, pues vuelven a sentir la presencia salvífica de Jesús, que llena de sentido todas sus esperanzas. No necesitan entrar en detalles de cómo fue el acontecimiento, nadie le vio resucitar, lo único que saben y confiesan es que está vivo, resucitado, que ha cumplido su palabra y que todo lo que Él era vuelve a ser de veras. También su pasión y muerte, y hasta comprenden el sentido de todo ello. La resurrección de Jesús, experiencia indiscutible de los testigos que le vieron y reconocieron tal cual le habían visto y reconocido antes de su pasión y muerte, garantiza plenamente la fe de los suyos.

Antes de la resurrección ellos no acababan de comprender las Escrituras y se resistían a pensar que el Mesías, el Señor, que les hablaba de la vida del Padre, del don de esta vida derramada para que todos los hombres pudiesen participar de ella, tenía que sufrir y morir. No, eso no era posible porque hasta entonces tampoco ellos habían entendido que Jesús había de resucitar de entre los muertos. Pero ahora, sí. Ellos comprenden todo lo que ha sucedido y ven con una nueva luz, la que les permite la experiencia de Jesús, el Cristo resucitado, que todo lo que Jesús les ha enseñado es verdad. Su evangelio, su buena noticia, la paz y amistad de Dios con los hombres está plenamente garantizada. Ahora es el hombre de hoy, el que tiene que sentirse contagiado de esa alegría pascual, participando en la celebración gozosa de la fiesta de la Resurrección.

¡Qué necios y torpes somos para creer lo que anunciaron los profetas! Los cristianos nos empeñamos en querer explicar lo que apenas si nos atrevemos a aceptar. Lo que desplegamos son nuestros razonamientos mezquinos, aquellos que se apoyan en nuestras observaciones y siempre que éstas no nos distraigan de lo que queremos probar. El resultado es a menudo la decepción y algunas veces carecemos de voluntad para aceptar lo que no vemos suficientemente claro. Ahí radica la principal dificultad del creyente. Con entera libertad y solo porque quiere, porque siente que el Espíritu le ilumina y le atrae, el creyente tiene que dar un paso al frente y adentrarse en la intimidad de Dios, escuchando la llamada de la Verdad.

El gran anuncio de la noche pascual es que las tinieblas, la confusión y la muerte no son el clima en el que tiene que transcurrir nuestra vida. No podemos vivir en plenitud si limitamos nuestra existencia a la mera condición mortal que nos define como hijos del viejo Adán; la Resurrección de Cristo nos brinda la posibilidad de alcanzar una nueva condición, la condición gloriosa de hijos de Dios. Lo más significativo de este mensaje pascual es que la salvación ya está realizada sin otro límite que nuestra aceptación de ese favor y gracia que Dios nos brinda.